

---

Aravena, Gonzalo. *Chiloé 1826: El proceso de incorporación de Chiloé a la república de Chile. 1813-1831*, Santiago: Ediciones 1826, 2016, 372 pp.

---

El Archipiélago de Chiloé ha sido tradicionalmente un espacio fértil para la investigación histórica. Su largo periodo colonial, así como las particularidades de su incorporación a la República de Chile en 1826, han motivado desde épocas tempranas a autores de distintas tendencias a poner su mirada en este territorio. Es a esta tradición a la que se suma el libro de Gonzalo Aravena, que como señala su título, se orienta a indagar en las características de la incorporación de Chiloé a Chile durante el periodo 1813-1826.

La obra publicada por Ediciones 1826, emprendimiento editorial donde participa el propio autor, tiene por objetivo *“examinar y discutir el comienzo de aquella incorporación, sin el afán de explicar en detalle las consecuencias actuales sino que, recurriendo al análisis histórico, conocer e interpretar cómo fue el inicio de este proceso”* (p. 21). Para ello, plantea la hipótesis de que *“la integración del archipiélago de Chiloé al territorio continental supuso la creación de un discurso –inclusive contemporáneo a los hechos- que presentó al archipiélago como parte constitutiva de la nación que se estaba gestando y se pretendió intrínseca a un devenir histórico de la sociedad”* (p. 38). Cabe señalar que este trabajo corresponde a una versión editada de la tesis doctoral del autor en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.

El periodo planteado por el autor en sobra, desde 1813 a 1831, no es antojadizo, y es delimitado por el ingreso de la población chilota a los combates de la guerra de independencia a partir de la organización del ejército realista, y finaliza con la consolidación de la república conservadora, cuando desaparece toda amenaza pública de reconquista española, aunque no necesariamente de simpatías hispanistas, que tal como se señala en el propio trabajo, se mantendrán por varias décadas, en un contexto donde ya no serán una amenaza real al proceso de incorporación de Chiloé a Chile.

En términos de fuentes, esta obra consolida documentación proveniente del Archivo General de Indias de Sevilla (España), Biblioteca de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla (España), Archivo General de la Nación del Perú, Biblioteca del Instituto Francés de Estudios Andinos del Perú y Archivo Histórico Nacional de Chile. De esta forma, consolida un gran corpus documental proveniente de los principales espacios de poder relacionados al proceso de incorporación de Chiloé a Chile.

Junto a las fuentes utilizadas, el autor realiza una importante revisión bibliográfica, tanto desde la perspectiva de la abundante historia local chilota, como también desde el ámbito nacional y de los procesos de independencia americano. Para ello, se fundamenta epistemológicamente en una perspectiva de los estudios de construcción de las nacionalidades, donde destaca Eric Hobsbawm, y en particular en el estudio de los procesos de independencias americanas, donde aparecen autores tales como Julio Pinto, José Carlos Chiaramonte y Mónica Quijada, entre otros.

A partir del marco epistemológico y el corpus documental recopilado, el autor estructura su obra a partir de un orden cronológico que va desde una caracterización general de Chiloé a finales del periodo colonial, hasta un análisis crítico a las características de la chilenización del territorio a partir de 1826. Es en los capítulos intermedios, sin embargo, en donde se encuentran los elementos más complejos de la obra, y que llaman a una lectura más atenta.

Al iniciar el análisis de las campañas de Chiloé, el autor entra directamente al problema de la necesidad de Chile de anexar Chiloé luego de la consolidación de la independencia en el valle central. Por entonces Chiloé representaba un territorio pobre y limítrofe al margen de la Gobernación de Chile, pero era a la vez una amenaza como cabeza de playa hispánica, tal como lo había sido en 1813 con la organización del ejército realista que terminó sepultando el proceso de la patria vieja. De esta forma, se analiza la anexión de Chiloé no sólo en cuanto proyección territorial chilena –algo discutible considerando la dependencia de Chiloé al Virreinato del Perú–, sino también como una forma de asegurar la soberanía recién conquistada del Chile central.

Un aspecto llamativo relevado por Aravena es la distancia existente entre chilenos y chilotes durante el proceso independentista, y que cuestiona la ya clásica tesis de Barros Arana de 1856 sobre caracterizar la integración de Chiloé de Chile como el reencuentro de un mismo pueblo<sup>1</sup>. Por el contrario, al análisis propuesto por Aravena muestra más bien a dos pueblos alejados geográfica y culturalmente, que hasta avanzada la guerra se encontraban en procesos de consolidación nacional bastante distantes. En ese sentido, si bien la documentación es acotada, se llama la atención sobre el influjo constitucionista español en la administración de Chiloé, muy alejado de la simplificación absolutista de Barros Arana<sup>2</sup>, y en general de la historiografía nacionalista chilena del siglo XIX.

La caracterización de la sociedad insular, sin embargo, es compleja, y el autor nos muestra cómo frente al liderazgo principalmente hispano, aparece también la disidencia interna, representada por segmentos de la elite mestiza local, que ven en la colaboración con Chile una forma de mantener su posición, así como también los pueblos originarios del archipiélago, que

---

<sup>1</sup> Barros Arana, D. (1856). *Las campañas de Chiloé (1820-1826)*. Imprenta del Ferrocarril. Pp. Iv-xii

<sup>2</sup> *Ibidem*.

en una coyuntura distinta a la de la población mestiza, toman en general partido por las armas del Rey.

Junto a la caracterización del proceso social y político que implicó la anexión de Chiloé, la obra presenta un detallado análisis del proceso de conquista militar, que se extiende bastante más allá de la simple cronología de las batallas de 1820, 1824 y 1826. Por el contrario, el autor nos muestra dichas batallas como el corolario de un largo proceso de discusión política, que terminan cristalizando la noción de que Chiloé era una parte constitutiva de Chile. Dentro de este análisis, destaca la llamativa discusión parlamentaria que da lugar a la creación del departamento de Chiloé en 1823, que por poco más de dos años existiría sólo como una ficción legal, pero con importantes consecuencias para sustentar la tesis de la conquista del archipiélago.

Luego de las batallas de Pudeto y Bellavista, en enero de 1826 Chiloé es incorporado finalmente a la República de Chile, dando inicio a un complejo proceso de integración política y cultural, tendiente a construir una identidad nacional chilena por sobre el proyecto hispánico existente hasta entonces. En el análisis de este proceso, poco explorado por la historiografía tradicional, el autor nos muestra como el Estado chileno operó desde distintos ámbitos –los símbolos, la religión, la política y también la represión– para incorporar efectivamente a los habitantes de Chiloé a la nación chilena. En ese sentido, si bien se destaca al éxito del “manto de olvido” señalado por el tratado de Tantauco en cuanto a no haber existido grandes rebeliones luego de 1826, se llama también la atención sobre las consecuencias no previstas de la instalación de la nueva institucionalidad republicana, donde destaca el problema indígena de la propiedad, reconocida por el gobierno español en términos de tierras realengas, pero que no tenía símil en la legislación chilena en expansión en el archipiélago, dando inicio a un conflicto existente hasta la actualidad.

Los últimos capítulos de la obra se orientan a un análisis crítico acerca del nuevo proceso de aislamiento a partir de la década de 1830, que a juicio del autor, se relaciona con el conflicto entre liberales y conservadores que se libra en el valle central de Chile, y que marca un cambio en las prioridades en el proyecto de construcción de Estado. A esto se suman las grandes distancias entre Santiago y las islas, que a largo plazo incidirán en la conservación de prácticas culturales de otros tiempos, así como en la permanente crítica regionalista sobre el supuesto abandono de Chiloé por parte de Chile luego de su anexión. Este abandono se contrasta no sólo con las promesas de Tantauco, sino también con la elevación de Chiloé al nivel de provincia en 1828, así como a su expansión efectiva sobre territorios continentales de la actual Provincia de Llanquihue, que habría buscado proyectar el territorio chilote como un espacio más cercano al Chile central.

La obra finaliza con un resumen de conclusiones, remarcando en cómo desde Chile se construyó un discurso de incorporación de la comunidad insular a la nación chilena, echando al olvido la antigua tradición hispánica vigente hasta 1826. En este sentido, resulta preciso recordar la cita inicial a Juan Pablo Aranguren con que inicia la obra de Aravena, acerca de que “*Los Estados modernos se sostienen en el encubrimiento de la trama colonial que los hizo posibles*” (p. 3).

Pese al éxito del proyecto nacional chileno, que logró construir nación en un territorio aislado e ideológicamente adverso, la obra de Aravena finaliza llamando la atención sobre la existencia de una identidad dual anclada a una historia compleja, donde la trama colonial es aun parcialmente visible, y donde a diferencia de otras provincias de Chile, no existiría una identificación absoluta entre la identidad local y la nación chilena. Es en torno a esta dualidad donde el lector comprende finalmente la portada elegida por Aravena, donde aparece un grafiti con la pregunta “¿Chileno o chilote?”.

**Pablo Paredes**  
Universidad Adolfo Ibáñez  
*pablo.paredesn@gmail.com*